



BIBLIOTECA HISTÓRICO MILITAR DE CEUTA

BIBLIOGRAFÍA “SUBOFICIALES EN LA LITERATURA”



La Biblioteca Histórico-Militar de Ceuta se suma a la celebración del 50 Aniversario de la creación de la AGBS y de la Escala Básica de Suboficiales, extractando de la base de datos de la Asociación AMESETE la información y reuniendo un fondo bibliográfico en el cual el Suboficial de Tierra es protagonista en momentos de la historia militar española acaecidos en la zona de referencia de nuestro Centro (Ceuta y Melilla, Protectorado de Marruecos y otros territorios en África).

Este fondo está disponible en la Biblioteca Militar y puede ser consultado de modo presencial en sus dependencias o bien solicitar su préstamo para una lectura más sosegada y relajada.

Se anima a acceder a la citada recopilación y disfrutar con la lectura de esos episodios en los que se pone de manifiesto la épica, el valor y el sacrificio de nuestros suboficiales.

Ceuta, 5 de junio de 2024



Lorenzo Silva Molina

Lorenzo Silva Molina es el abuelo del escritor Lorenzo Silva Amador, Premio Nadal 2000 con el “Alquimista impaciente” y Premio Planeta 2012 con “La marca del Meridiano”, con sus personajes de la Guardia Civil, el brigada Bevilacqua y la sargento Chamorro, lo que le ha valido ser nombrado Guardia Civil Honorario. El abuelo del escritor fue sargento del regimiento de Infantería Ceriñola que participó en la Guerra de Marruecos, viviendo los acontecimientos ocurridos en el verano de 1921 en las proximidades de Melilla. Ello le inspiró al escritor para escribir la novela “El nombre de los nuestros” en 1998, donde

además de su abuelo, aparecen otros protagonistas de su propia invención, pero enmarcados en los acontecimientos históricos del desastre de Annual vividos en las posiciones de Sidi Dris, Talilit y Afrau en Marruecos.

El soldado Molina ascendió a sargento de infantería, entre otras cosas, gracias a su pericia con las armas. Cuando llegó la hora de su licencia, descartó emigrar a Argentina y decidió reengancharse en el Ejército de África. “Podía parecer una decisión insensata, pero Molina había tenido sus razones para obrar así. Sus superiores y los soldados le apreciaban, porque era íntegro y templado, dos virtudes escasas en el ejército de África...Cuando le había tocado África, su tío le había comprado un sustituto...Pero Molina rechazó indignado el favor. Nadie iba a morir en su lugar por unas perras, le dijo a su tío” (1) .

La opinión del sargento Molina en una conversación con un soldado pone el dedo en la llaga sobre la estrategia seguida en África: “No he ido a ninguna academia y no sé más táctica de infantería que la de la sección, que es todo lo que puedo llegar a mandar. Pero a veces me da el pálpito de que no es bueno tener tantas posiciones. Más nos valdría tener sólo cuatro o cinco, pero fuertes de veras” (2) .

La novela es un homenaje a los combatientes en aquella guerra. Así lo menciona el propio sargento Molina al final de la novela, mientras se recupera de una herida en el hospital: “Los nuestros son ellos, los infelices que siempre salen mal parados: Haddú, o los otros que cayeron en Sidi Dris, o los pobres a los que yo elegí para defender Afrau en la retirada y que se quedaron allí. Hasta los moros a los que matamos, si lo miras, son los nuestros. Nosotros somos como ellos: corremos, nos arrastramos, pasamos miedo y nunca nos ayuda nadie. Por eso tenemos que recordarlos siempre, a nuestros muertos; nosotros, Amador, porque los demás van a olvidarlos. Van a olvidar que murieron, y que chillaron, y que se desangraron encima de esta tierra” (3) .

1. El nombre de los nuestros. Lorenzo Silva. Ediciones Destino SA. 2001. Pag 30
2. Ibid p. 68
3. Ibid p. 271



Antonio (Ramón J. Sender) (1)

El sargento Antonio es uno de los narradores de la novela “Imán. (Novela de la Guerra de Marruecos)” (2) , donde se oculta su autor, Ramón J. Sender, que cumplió parte de su servicio militar como sargento (pasó por todos los empleos desde soldado a alférez) entre los años 1922 a 1924 en Marruecos en el Regimiento de Infantería Ceriñola nº 42. Sender que ya había trabajado como periodista, lo plasma así en esta novela: “Al hacernos la filiación de llegada, el sargento preguntaba a cada cual su oficio. ¿Y tú? Periodista. ¿De los que venden periódicos? No señor. De los que escriben. Pero, ¿eso es carrera u oficio?”

Como se quiera. Vamos a entendernos ¿Tienes algún título académico? Al decirle que sí me puso en la lista don... A partir de entonces era don Antonio” (3)

. “Imán”, es su primera novela. Salió publicada en 1930, basada, como el mismo dice en “Observaciones desordenadas... recogidas durante mi servicio militar en Marruecos, a raíz del desastre del 21...La imaginación ha tenido bien poco que hacer. Cualquiera de los doscientos mil soldados que desde 1920 a 1925 desfilaron por allá podía firmarlas” (4) .

Viance es el protagonista de la novela y otro de sus narradores. Es soldado del Ceriñola, ha vivido el desastre de Annual y se entiende bien con el sargento Antonio, al que le confiesa su vida. Es con el único que intimida. Tenía un apodo en su vida civil “Imán”, pues atraía todas las desgracias: “En España, cuando trabajaba en su oficio de herrero, el amo le decía – Pero chico, ¿estás imantao?” (5) . A pesar de tal augurio, el caso es que Viance se convierte en un superviviente del desastre que ocurre en el verano de 1921 en las posiciones que dependían de Melilla. Con él podemos hacer la retirada a pie desde Iriguiben, pasando por Annual, Dar Drius, Tistutin, Monte Arruit, Nador y su llegada a Melilla. Toda una aventura que va jalonada de sus encuentros con otros personajes, de sus propias sensaciones y de la comunión con la naturaleza que le rodea, poniendo de manifiesto la miseria humana y lo cruel que es la guerra.

Es una novela poliédrica, pues tiene muchas lecturas. Hay acción, disecciones filosóficas y políticas, denuncias... Aquí van algunas de sus caras:

- “Nosotros somos lo que en la prensa y en las escuelas llaman héroes. Llevar sesos de un compañero en la alpargata, criar piojos y beber orines, eso es ser héroes” (6) . Él en realidad se convierte en un antihéroe, pues lo que podría considerarse como una hazaña llevar vivo a Melilla, siguiendo el rastro de la muerte de la retirada de Annual, no merece la menor consideración y recompensa, todo lo contrario, su servicio militar fue recargado por meras cuestiones “ordenancistas”.
- En el encuentro que tiene con un viejo moro, que se dedica a quitar las herraduras de los caballos muertos, éste trata de explicarle toda la tragedia que está viviendo: “La Humanidad ha sido siempre así... vosotros los jóvenes, sois los únicos que aún no estáis envilecidos, que tenéis la conciencia sana y creéis en la justicia, en el bien... La cabeza de los viejos que mandan allá y aquí, y en todo el mundo, no tiene más que vanidad y miedo”.
- Al llegar a Nador se parapeta en la fábrica de harina junto a un sargento de la Guardia Civil, otros soldados y civiles que resisten los asaltos de los de la “chilaba azul”, siendo los civiles los primeros en caer: “La guerra tiene manías que se cumplen siempre, con rara exactitud. Elimina primero a los miedosos, como si fueran obstáculos para su propia y monstruosa belleza, Respeta a los audaces, a los temerarios”.
- Cuando Viance logra llegar de noche a Melilla, se acerca al hospital para que le atiendan las heridas. Una monja le realiza la cura, pero no lo deja dormir en el hospital, pues no lleva “el volante de baja”: “Es que... Llevo diez días sin dormir y casi sin comer ¿Estoy herido! ¡Por su madre, hermanita! Aquí deben de sobrar camas.- Sí, sí. Pero, ¿cómo vamos a darle de alta sin venir la baja de su regimiento? Es imposible, imposible”.
- Ha pasado un año y vuelven las operaciones para reconquistar el terreno perdido. Las unidades se ponen en marcha y se da la orden de evitar los incendios en el campo con los cigarrillos: “Este deseo de incendiar sube de punto al pasar junto a algún sembrado sin segar, a algo útil, donde el daño es evidente y seguro. La fuerza, la vitalidad de cada uno al agruparse en la columna, lo primero que recaba es la irresponsabilidad para el mal. Esto no nace del carácter del soldado, sino lo que trae aparejado el orden miliar, la facultad de dominio, la identificación con el objetivo de destrucción. Le gusta al soldado comprobarlo” (10).

1. Ibid Revista Minerva nº 151
2. Iman. Ramón J. Sender. Edición Popular. Colección Balague. Barcelona. 1933.
3. Ibid p. 24.
4. Ibid p. 4.
5. Ibid p. 12.
6. Ibid p. 45.

7. *Ibid* p. 64.
8. *Ibid* p. 77.
9. *Ibid* p. 85.
10. *Ibid* p. 9.



Francisco Basallo Becerra

El sargento de Infantería Francisco Basallo estaba destinado en el Regimiento “Melilla” Nº 59 en el verano de 1921, ocupando la posición de Dar Quebdani, cuando fue hecho prisionero junto a general Navarro, varios oficiales y clases de tropa en Monte Arruit por las huestes de Abd el-Krim, en el marco del “Desastre de Annual”. De la experiencia de su cautiverio, que fue desde el 25 de julio de 1921 al 28 de enero de 1923, escribió de forma autobiográfica “Memorias del cautiverio”(1) con la intención de rendir un homenaje a los que sufrieron ese cautiverio, sino,

también, aclarar algunas dudas que el libro “Memorial del sargento Basallo” de Álvaro de la Merced había concitado en la opinión pública.

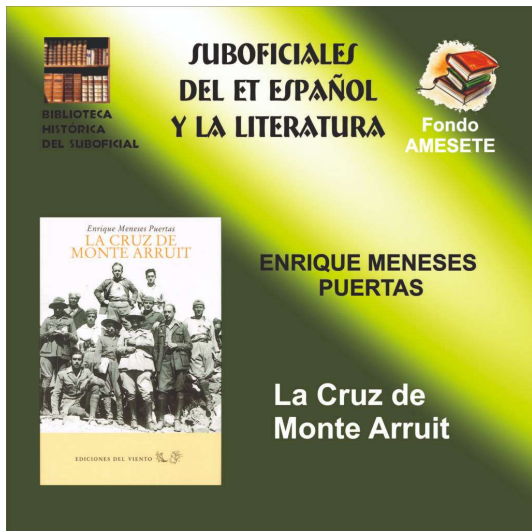
Relatado en primera persona, cuenta las peripecias que sufrieron los prisioneros en los distintos campamentos a los que fueron trasladados, el trato recibido, los intentos de fuga, los trabajos forzosos que tuvieron que realizar, las penurias alimenticias..., pero donde hace más hincapié es en el papel que tuvo que acometer, como jefe de campamento de los prisioneros de la clase de tropa, las tareas sanitarias que tuvo que realizar ante la falta de médico, que se encontraba en el campamento de los oficiales y la labor de socorro moral y afectiva que llevó a cabo con sus compañeros de cautividad (2). De su lectura se desprende la actitud de un verdadero líder, que trascendió su conducta cuando fue liberado, convirtiéndose en todo un personaje que fue aclamado en diferentes rincones de España. Aquí van algunas de sus méritos:

- Después de recoger un cargamento de víveres y medicinas para los prisioneros en Sidi Dris y llevarlo a Annual “reuní de nuevo a todos los sargentos y les hice ver la apremiante necesidad de la organización...para mantener la disciplina y prevenir desmanes...Mis indicaciones se vieron atendidas... se acordó nombrar un jefe de campamento, otro de la cocina, otro de la ropa y otro de los medicamentos” (3).
- Gracias a las indicaciones en el cautiverio que le hizo el teniente de médico Serrano, la ayuda del practicante Canovas de una empresa civil y sus dotes naturales consiguió curar e intervenir a los enfermos y heridos prisioneros, pero también a los rifeños: “La fama

de mis dotes curativas se difundió entre los moros, y de todas las cabilas vecinas empezaron a llegar enfermos y heridos para que yo los curara. Yo aprovechaba la ocasión para hacerles comprender que los españoles éramos más nobles que ellos, pues nuestra religión y nuestros sentimientos de humanidad no vacilábamos en prestar los auxilios... a nuestros enemigos” (4).

- Esta ascendencia entres sus celadores le sirvió para hacer de intermediario en situaciones que hacían peligrar la vida de algún prisionero: “Poco después se fugaron el cabo Gálvez y un soldado de la brigada disciplinaria, siendo cogidos por los moros al día siguiente. Al volver al campamento me rogó el cabo Gálvez que intercediera con mis gestiones e influencias para que no los matasen. Visité a Abd el-Krim, que se hallaba ese día en el campamento, y, tras una larga resistencia, cedió a mis instancias...” (5).
- En el relato aparecen nombres de otros sargentos, que realizaron sus propias gestas de heroísmo, como el caso del sargento de artillería Alfonso Ortiz que se negó a colaborar en la instrucción de los moros en el manejo de los cañones aprehendidos y además los sabotó llevándose los percutores u otros que ponen un momento más sentimental: “Por aquellos días murió el sargento Viatela, el sargento de los niños, como le llamábamos. Siempre se le encontraba acariciándolos y jugando con ellos. Al ir a enterrarlo vi a dos niños que lloraban silenciosamente a la puerta de la cabila” (6).
- La idea de fugarse pasó varias veces por la cabeza del sargento Basallo, pero no fue hasta el 24 de noviembre de 1922 cuando la quiso materializar con otros compañeros suyos. Fue hecho prisionero de nuevo y trasladado a Aydir, donde se encontraba el general Navarro junto a otros oficiales. Aquí estuvo hasta ser liberado en enero del año siguiente. Ya en Melilla, en uno de los homenajes que le organizaron los sargentos de la Plaza en el que estaba invitado el general Navarro. Este no pudo asistir, excusándose por problemas de salud y con una misiva: “... pues quien como yo convivió con ustedes durante la paz y la guerra, tuve ocasión de apreciar la subordinación, la inteligencia y el valor de las clases del Ejército... culminó en ustedes durante el cautiverio la abnegación y la caridad, que culminaron principalmente en el sargento Basallo, cuyo nombre admira y venera España entera” (7).

- 1 Memorias del cautiverio. Francisco Basallo. Ed Mundo Latino [1924]
- 2 Ibid p. 27
- 3 Ibid p. 33
- 4 Ibid p. 45
- 5 Ibid p. 78
- 6 Ibid p. 116
- 7 Ibid p. 183



Enrique Meneses Puertas

Enrique Meneses Puertas escribió su libro "La cruz del Monte Arruit" (1) en Úbeda (Jaén) en 1922 mientras se recuperaba de la herida sufrida en la cabeza en una de las operaciones de la guerra de Marruecos siendo sargento de un escuadrón de Caballería del Grupo de Regulares de Melilla.

A los 19 años heredó una fortuna cuando su padre murió. Era propietario de la empresa familiar "Plata Meneses". En 1921 se encontraba en París, con 27 años viviendo como un bon vivant, cuando se enteró del desastre de Annual y, en un golpe de efecto en

su vida, por un sentido del deber, decidió alistarse como soldado voluntario en el regimiento de Caballería Pavía en Melilla, donde ascendió a cabo. Muchos de sus amigos y compañeros no entendían su compromiso con las unidades operativas y en primera línea con el enemigo, cuando los de su categoría social podían ser "soldados de cuota" (2) y buscar un destino más burocrático y menos arriesgado. Su deber lo llevó hasta el extremo de solicitar el abandono del regimiento, por considerar la vida que llevaba "monótona y aburrida" y que no la arriesgaba lo suficiente, para pasarse al grupo de Caballería de Regulares de Melilla, unidades que combatían siempre en vanguardia como fuerzas de choque igual que la Legión. Participó en varias operaciones. Estando su escuadrón en Nador fue ascendido a sargento y así lo expone en su libro: "El sargento es un paso muy importante en la milicia, pues algunas veces se tiene que ocupar el puesto del teniente, sustituir a éste al ser herido o estar enfermo, y además es el cargo de mayor responsabilidad y más engorroso; el sargento de semana tiene un trabajo ímprobo." (3) "El sargento de semana tiene que levantarse el primero, y esto en campaña, acostumbra a ser a las dos o tres de la mañana; su obligación consiste en despertar a todos los soldados, tarea harto difícil, en seguida formar para el pienso, avisar al oficial, vigilar su reparto y la limpieza de los caballos, conducir todo el escuadrón a dar agua a los animales, el pienso a las doce, la aguada por la tarde, el otro pienso de las siete, aparte de todo lo que suceda durante el día, de que todos los escándalos, las disputas, las preguntas, el solicitar permisos, etc., que de continuo a los moros se les ocurren...todo esto es del sargento de semana, que tiene que poner orden, resolver, enterarse y comunicarlo, si es necesario, al oficial de servicio". (4)

Meneses escribió el libro para honrar a sus amigos y compañeros de armas fallecidos o heridos en aquella tierra africana; para poner un poco de verdad sobre lo que ocurría en tierras del Rif y que la prensa no recogía con verdadera exactitud. En su relato del libro, que va jalonado de diferentes situaciones, en función de las misiones en las que se ve involucrado, introduce elogios

a los que lo merecen por exponer su vida, sin más recompensa que cumplir con su deber, pero se muestra muy crítico con la situación de penuria de los soldados, con las operaciones que no tienen ni pies, ni cabeza, con la falta de competencia civil y militar y con la falta de energía moral que tenía aquella sociedad española. Sentencia que lo ocurrido en Annual fue la consecuencia de esta decadencia... “y allí sucedió lo mismo que ocurriría en España, lo mismo que acontece con los grandes edificios ruinosos, carcomidos por dentro, y que al caer la cúpula más alta se desmorona el edificio entero...”. (5)

- 1 La cruz de Monte Arruit. Memorias de un voluntario de Regulares está publicada por Ediciones del Viento en 2019. La primera publicación se realizó en 1922 por la Imprenta Juan Pueyo en Madrid.
- 2 Eran aquellos soldados que habían pagado en el momento de ser llamados a filas una cantidad de dinero para evitar realizarlo, pero al ser obligados, tras el desastre de Annual, a servir en el Ejército, buscaban recomendaciones en puestos de menor riesgo y fatiga.
- 3 Ibid p. 210.
- 4 Ibid p. 229
- 5 Ibid p. 266



Arturo Barea Ogazón (1)

Arturo Barea Ogazón fue un escritor de la posguerra española, conocido internacionalmente por su trilogía “La forja de un rebelde”, obra autobiográfica donde relata en sus tres libros su niñez, su juventud y su madurez en plena guerra civil. La novela que dedica a relatar parte de su juventud lleva por título “La ruta” y se desarrolla, prácticamente, en la guerra de Marruecos donde estuvo destinado como sargento de Ingenieros en la zona de Tetuán haciendo el servicio militar. Su obra se publicó en Inglaterra durante los años cuarenta en inglés, donde él residía como

exiliado de la Guerra Civil.

En 1920, fue llamado a filas de las que no se pudo librar por su origen humilde. A pesar de ello, tenía los suficientes estudios y experiencia laboral como para formar parte del Arma de Ingenieros, labor que desarrolla al año siguiente en Marruecos dentro de una compañía de Zapadores, construyendo una pista, levantando mapas, fortificando los blocaos o llevando las cuentas en la Comandancia de Ingenieros de Ceuta, destino último antes de licenciarse en 1923.

Con una rica prosa describe la situación del Ejército en Marruecos y dibuja la personalidad de cada uno de los compañeros de armas con los que se cruza en el camino, algunos de gran calado histórico como Miguel Primo de Rivera, Francisco Franco o Millán Astray. Con un espíritu muy crítico ante la realidad que percibe, no se muerde la lengua al señalar la corrupción generalizada que existía en el Protectorado, la falta de competencia de alguno de los mandos militares y el escaso material con que contaban los soldados y las unidades.

He aquí algunas referencias recogidas en la edición del libro para la colección: Las 100 mejores novelas en castellano del siglo XX de la Biblioteca El Mundo:

- Reflexión que realiza sobre el papel del sargento en el Ejército: “De la noche a la mañana me veía en el corazón del Pequeño Atlas, en una posición de primera línea, encargado de las obras de una carretera que ni aun sabía por dónde pasaba y de la contabilidad de unas obras que no conocía. Además, era un sargento, es decir una vértebra de la espina dorsal de cualquier ejército del mundo. La pared donde se estrellan los golpes de arriba, la oficialidad, y los de abajo, los soldados” (2).
- Conversación que mantiene con su compañero en la compañía de Zapadores sargento Córcoles, cuando acaba de presentarse a la unidad: “Mira robar es quitar el dinero a alguien. Pero esto no es robar. ¿Quién es el Estado? Si robamos a alguien, es al Estado, y bastante nos roba él a nosotros. ¿Tú crees que un sargento, con noventa pesetas al mes, puede vivir? Y aún aquí, en África, con ciento cuarenta por estar en campaña, ¿se puede vivir? (3).
- En otra conversación con otros compañeros sargentos: “Cuando yo entré en el cuartel, hace doce años, me moría de hambre y me hinchaban a bofetadas. Porque los sargentos de entonces pegaban de firme y a mí me tocó una buena ración. No sabía leer ni escribir, ni tenía oficio. Pero cuando me dijeron que aprendiendo cosas podía llegar a sargento y no tendría que volver más a cavar y a andar detrás de las mulas y el arado, no volver a pasar hambre... Bueno, me costó once años, pero estoy orgulloso de ello” (4).
- Reflexión que realiza después de una retirada con su unidad donde anduvo perdido por el Rio Martín: “Las unidades del ejército español en Marruecos iban a la batalla sin medio alguno de orientación. Se mandaba a los hombres al frente, y se dejaba a su instinto el averiguar hacia dónde avanzar y sobre todo cómo regresar a sus bases; y unidad tras unidad se perdían en la noche. De repente entendí aquellas trágicas retiradas de Marruecos, donde después de una operación victoriosa, los hombres morían a cientos en emboscadas”. (5)
- Comentario a la hora de recibir los reclutas que llegaban a la Comandancia de Ingenieros venidos de la Península: “Normalmente, el periodo de instrucción duraba cuatro o cinco meses. Pero aquel año se necesitaban los hombres en el frente. Los reclutas recibieron una instrucción somera y se les envió al campo, mezclándolos con los veteranos. Aquella masa

de campesinos analfabetos, mandada por oficiales irresponsables, era el espinazo del ejército de España en Marruecos': (6)

- 1. Más información en la Revista Minerva nº 151, octubre 2018. Artículo del SBMY (r) Juan Izquierdo Pastor: "Dos suboficiales. Los sargentos Arturo Barea y Ramón J. Sender".
- 2. La Forja de un Rebelde II. La ruta. Edición BIBLIOTEX 2001. p. 14.
- 3 . Ibid p. 20.
- 4 Ibid p. 36.
- 5 Ibid p. 107 6 Ibid p. 214.
- 6 Ibid p. 214



Lorenzo Juanola Durán

El sargento de ingenieros Lorenzo Juanola fue el conductor y jefe del Camión Protegido nº 5 cuando estaba destinado en Tetuán (Protectorado de Marruecos) en el año 1924 como destacado del Centro Electrónico y Comunicaciones, ubicado en Madrid y antecesor del actual Regimiento de Transmisiones 22.

El Camión Protegido o "Blindado", como también era conocido, era un medio de transporte de personal que se empezó a utilizar en la Guerra de Marruecos para

dar cobertura en las retiradas o abandono de posiciones a raíz del desastre de Annual. El 9 de diciembre de 1924 el sargento Juanola recibe la orden de presentarse a la columna de coronel Núñez del Prado para proteger la retirada de las posiciones de Xauen a Tetuan, a la que se han agregado a su dotación 8 soldados tiradores de diferentes unidades. En un momento de la cobertura de esta misión, bajo los disparos del enemigo, el blindado embarrancó quedando aislado del resto de fuerzas y a tres kilómetros de la posición de Tarannes, quedando heridos el propio sargento y varios soldados. Asediado por las fuerzas rifeñas durante los días 10 y 11, el jefe del blindado nº 5 decidió aprovecharse de la noche del día 12 para evacuar el vehículo con toda su dotación y salvarlos a todos al alcanzar la posición de Tarannes. Todo esto se sabe por el relato que se lee en el Diario Oficial del Ministerio de la Guerra por el "Expediente de Juicio Contradictorio" (1) que se abrió en 1926 a favor del sargento Juanola para ser acreedor de la Cruz Laureada de San Fernando.

Sin embargo, en el año 1925 estos hechos relatados fueron escritos, en una novela corta, por el

sargento de Ingenieros Benigno Pereda del Rio, destinado en el Centro Electrónico y de Comunicaciones del ET en su obra "El Blindado número cinco. (Históricas hazañas de unos héroes españoles)" (2). El sargento Pereda, con una prosa rica y modernista, muy de la época, pretende poner en valor los hechos realizados por su compañero de armas Lorenzo Juanola en la Guerra de Marruecos, que ilustraban parte de la prensa española, no precisamente en sintonía con el sacrificio que allí realizaban los soldados. Así lo expresa al explicar la motivación de su novela: "Aquí, en España, mientras tanto, presenciábamos los hijos humildes que no sabemos de otros amores más que del jurado a la Patria, cómo en país extranjero éramos víctimas de una campaña inicua, sin respeto siquiera para quienes, en aquellos precisos momentos, morían como héroes" (3).

En sus 47 páginas describe y se imagina la situación que vivieron los componentes del Blindado nº 5 durante las 36 horas en que estuvieron asediados por los moros hasta su puesta a salvo en el hospital de Tetuán. El momento más crítico se produce cuando el sargento Juanola decide abandonar el vehículo, aprovechándose de la noche, abriendo un boquete en el suelo del blindado y encontrándose un soldado herido y abandonado de otra unidad. "Rápidamente fue atendido y curado. Le apreciaron siete balazos en su cuerpo desangrado. Como ya no les quedaba agua, tuvieron que sacarla del radiador. Con ella dieron de beber al desfallecido compañero, y la utilizaron ellos mismos para calmar su sed" (4). Para más adelante describir el abandono del blindado: "Luego que el Sargento Juanola hubo de cerciorarse de que no quedaba nadie en el interior del Blindado, de que el motor habíase inutilizado y de que los cerrojos de las ametralladoras, con los fusiles de cada uno, estaban a salvo, emprendió la retirada" (5)

- 1. Diario Oficial nº 42 del 23 de febrero de 1926. Pag. 474.
- 2. El Blindado número cinco. (Históricas hazañas de unos héroes españoles). Benigno Pereda del Rio. Madrid.1925. Es autor de varias obras entre ellas la historia del Centro Electrónico y de Comunicaciones.
- 3. Ibid p. 7.
- 4. Ibid p. 30.
- 5. Ibid p. 31.



Sargento Mohamed Ben-Alí

“Sí. Es mi pobre Mohamed Ben-Alí, uno de mis más bravos hombres; recién ascendido a sargento por méritos de guerra. Dulce como un cordero, fiel como un perro y más valiente que un jabato” (1). Así se expresa el teniente coronel de regulares González Tablas en la novela corta o “novela de guerra” de Carlos Micó: “Lupo, sargento”. Aquel no es el protagonista de esta novela de bolsillo que cuenta en primera persona el ingreso en la Legión Extranjera del relator y de su amigo Lupo, de su paso por el campamento de Dzar-Riffien en Ceuta y su posterior

entrada en combate en la Guerra de Marruecos.

La novela va describiendo el ambiente moral que se respira en La Legión y lo que la hace atractiva a sus protagonistas. Entre ellos se desarrolla un dialogo, una serie de confianzas, que retratan las ideas de Lupo: “Amo la vida con deleite y ansia; pero no temo a la muerte, porque la muerte no existe: creo firmemente en la reencarnación...” (2). Pasado los dos meses de instrucción en el campamento son trasladados al Zoco-el-Arbaa donde se encuentran las operaciones y se produce la mezcla de soldados españoles, indígenas, Policía y Regulares para combatir al enemigo. En pleno combate, Lupo se presenta voluntario para una acción arriesgada, donde rescata moribundo al sargento Ben-Alí, resultando él también herido de muerte, y es cuando su alma pugna por el cuerpo de Ben-Alí, para seguir en La Legión y “seguir sus glorias, tomar parte de ellas, llegar a capitán y sentarme en la mesa del teniente coronel (Millán Astray) y comer con él y con Franco y con Fontanes y con Villegas y...” (3). Esta reencarnación o “avatar” le sirve al autor para terminar de manera sorprendente su novela poniendo en boca del capellán castrense el misterio de la Encarnación citando las Sagradas Escrituras.

- 1 Lupo, sargento. Carlos Micó España. Publicaciones Prensa Gráfica. Madrid. Abril 1922. P. 49.
- 2 Ibid p. 25.
- 3 Ibid p. 63



Suboficial Bartolomé Munar Munar

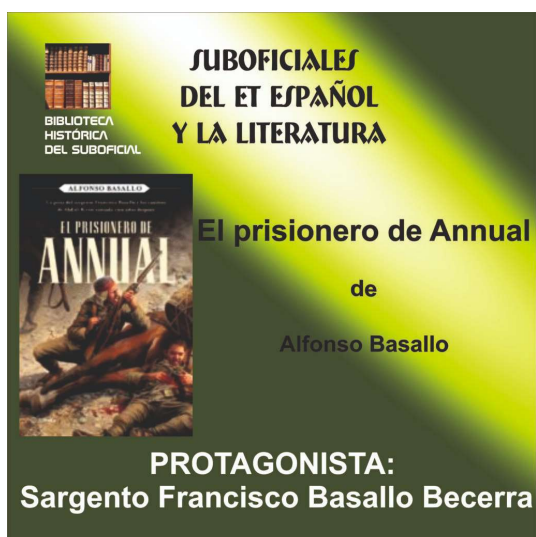
Las vicisitudes de la vida militar de Bartolomé Munar, desde que se enrola como marinero voluntario el 1 de enero de 1915 en la Escuela de Marinería de la Armada con 19 años hasta su fallecimiento en su ciudad natal de Palma de Mallorca, el 11 de agosto de 1962, como capitán retirado de Infantería agregado a las Fuerzas Áreas de Baleares, son relatadas en el libro de Antonio García Moya: "Suboficial legionario Munar Munar, el héroe de Kala Bajo" (1).

Esta biografía militar cuenta sobre todo la parte de su vida como legionario, para alcanzar el cenit en los hechos a que fue acreedor de la Cruz Laureada de San Fernando con el empleo de suboficial del Tercio de Extranjeros. Ello le permite al autor acompañar al protagonista por la historia de las unidades de La Legión en las que estuvo destinado desde su fundación en 1920 hasta su pase a retirado en 1931.

El 2 de octubre 1920 se alistaba en el Banderín de Enganche de Palma de Mallorca. El 5 de abril del año siguiente recibía el bautismo de fuego en tierras africanas como cabo. "Tras once meses como cabo, en la lista de revista del mes de noviembre de 1921 aparecía ascendido a sargento" (2). El 17 de abril de 1922 se le otorgaba la Medalla Militar de Marruecos con los pasadores de "Ceuta-Tetuán-Melilla" premiando sus servicios en aquella tierra. "El día 9 de junio Bartolomé Munar Munar aparecía en la Orden de La Legión ascendido a suboficial interino. Se trataba de uno de aquellos empleos intermedios cuyo objeto era tener un lapso de preparación y examen antes de llegar al rango superior" (3), cuestión que llegó el 25 de septiembre de 1922, pasando a dejar sus servicios en la 4ª compañía para ejercerlos con el nuevo empleo en la plana mayor de la recién creada VI Bandera. En esa situación se encuentra cuando se presenta voluntario junto a 16 legionarios para realizar una aguada a la posición sitiada de Kala Bajo, en la zona de Xauen, el día 14 de septiembre de 1924 y una vez realizada colaborando en la defensa de la misma. Así lo relata el parte que realiza el capitán del Batallón de Cazadores de Figueras de la posición el 17 de ese mes: "A V.S. da parte el Capitán que suscribe de haberse presentado en la posición de Kala bajo, el Suboficial de la 6ª Bandera del Tercio de Extranjeros Don Bartolomé Munar Munar con 16 legionarios, manifestándole ir todos voluntarios a llevar agua en mochilas. La entrada en la posición les costó tres muertos y tres heridos, consiguiendo a pesar de las bajas y del nutrido fuego que tuvo que sostener con el enemigo muy superior y parapetado a pocos metros, proveer de agua a la avanzadilla y posición; dedicándose acto seguido a retirar sus bajas..." (4). En octubre, a punto de ser licenciado, se vuelve a reenganchar por un año con la expectativa de ascender al empleo de alférez, obteniéndolo el 29 de junio de 1925.

El 26 de septiembre de 1928 el general Sanjurjo imponía al entonces teniente Munar la Cruz Laureada de San Fernando en Tetuán.

- 1. Suboficial legionario Munar Munar, el héroe de Kala Bajo. Antonio García Moya. Ed. Fajardo El Bravo SL. Murcia 2016..
- 2. Ibid p. 79.
- 3. Ibid p. 96.
- 4. Ibid p.192



Sargento Francisco Basallo Becerra (2)

En el 2021, con motivo del Centenario de la Campaña de Melilla, sale publicada la novela “El prisionero de Annual” (1). Su autor es Alfonso Basallo, escritor, periodista y nieto del sargento Francisco Basallo, del que ya hemos comentado, con ocasión del relato autobiográfico “Memorias del cautiverio”, sobre sus recuerdos como prisionero de Abd el-Krim.

El autor de la novela “El prisionero de Annual”, suplanta a su abuelo y relata en primera persona, los avatares del sargento Francisco Basallo, ampliando los detalles de su cautiverio, su propio perfil psicológico

ante la adversidad y su relación con otros prisioneros, de los que extrae otros relatos que forman parte del desastre de Annual y enriquecen la novela.

Así se describe el sargento Basallo en el momento en que cae prisionero: “Tengo veintiocho años, estoy soltero, y hace tres años que no veo a mis padres y a mis cinco hermanos, que me esperan en Córdoba. No tengo un aspecto muy marcial. Mido casi uno noventa, nariz prominente, peinado con la raya en medio, soy parsimonioso, levemente guasón, delgadito y presumido” (2).

El 25 de julio de 1921 es cuando se entrega la posición Dar Quebdani, donde se encuentra la cabecera de su regimiento de Infantería “Melilla” 59. En ella son masacrados la gran mayoría de sus integrantes, después de haber negociado la rendición y el respeto por sus vidas. “Estoy hipnotizado por el horror. A partir de ese momento, los acontecimientos cogen velocidad y mi cabeza se queda rezagada. Cuando me quiero dar cuenta, un moro me encañona con su Lebel y me pide dinero. Se lo doy. Al hacerlo me tiemblan las manos...De un tirón me arranca la medalla del cuello... me empuja... Cierro los ojos. -Tu marchar- Es la voz de otro rifeño que me apunta

con su arma. Me levanto y salgo de la posición con una columna de prisioneros, mudos y aterrados” (3).

Su periplo como prisionero empieza en la cabila de Kadur Namar, luego es trasladado a Bu Ermana, donde descubre sus habilidades como sanitario ayudando al teniente médico Serrano, también prisionero, y comienza su amistad con el sargento de Artillería Alfonso Ortiz. A finales de agosto se encuentra en Annual, a donde llegan los prisioneros de Monte Arruit, entre ellos el general Felipe Navarro, segundo jefe de la Comandancia de Melilla, y otros civiles, entre ellos Carmencita Úbeda, que fue “carne de cañón” por parte de los jefes rifeños y el practicante de la compañía minera La Alicantina, José Cánovas, con el que improvisó un equipo de sanitarios. Empieza el año 1922 con el traslado de los prisioneros civiles y de la clase de tropa al “infierno” de monte Yebel Kama, por el efecto de la reconquista española de los territorios perdidos en el verano pasado y donde presionan a los artilleros españoles prisioneros para que colaboren en el manejo de piezas de artillería capturadas. De las penosas condiciones de Yebel Kama, pasaron al “menos inhóspito” Tabelhach, donde en un mes hicieron “24 entierros” y entre los 300 prisioneros casi la mitad estaban enfermos. Para no diezmar más el contingente cautivo son trasladados a Ait Kamara, en una marcha de 20 kilómetros, “y 9 horas de marcha extenuante”. Aquí fallece su amigo el sargento Ortiz, luchará contra el tifus, amputará un brazo, será torturado, curará a rifeños enfermos, sobornará para salvar de la venta en un zoco a Carmencita Úbeda, se fugará y volverá a ser cogido prisionero y llevado a Axdir, donde coincidirá con el general Navarro y resto de oficiales prisioneros, hasta su liberación el 27 de enero de 1923. “Vuelvo la cabeza a las lomas gris ceniza de Axdir, bajo el cielo plomizo. Es la primera vez que las veo desde el mar, desde la libertad. Y mientras nos alejamos de esta tierra maldita, repaso mentalmente el saldo del año y medio del cautiverio. Según mis cálculos, de los 570 prisioneros que llegamos a estar concentrados en Axdir y Ait Kamara, han muerto 152, se fugaron 86 y somos rescatados 332” (4).

- 1 El prisionero de Annual. Alfonso Basallo. Ed Planeta. Junio 2021.
- 2 Ibid p. 16.
- 3 Ibid p. 34.
- 4. Ibid p. 302 y 303



Sargento Manuel Sánchez Vivancos

El sargento de Infantería Manuel Sánchez Vivancos es el protagonista del libro misceláneo “El manco de Tikun” (1), escrito por su padre Roque Sánchez Javaloy, que recoge los avatares de su hijo defendiendo el blocao de Tikun en la zona de Larache, en la parte occidental de Marruecos, desde finales de 1924 a principios del año siguiente. Además, añade los comentarios en prensa que recogen los hechos, lo homenajes literarios que le dedicaron, las declaraciones en el expediente abierto para la concesión de la Cruz Laureada de San Fernando, el papel que jugaron los perros de la posición y la orden

de concesión de la Laureada.

El sargento Sánchez Vivancos, perteneciente al batallón Chiclana nº 17, se encuentra con 23 años al mando de 18 hombres en el blocao de Tikun, desde primeros de agosto de 1924. El 3 de octubre, con las debidas medidas de precaución, realizan la aguada a 600 m de la posición, cuando son hostigados por los moros, muriendo un cabo y dos soldados. A partir de ese día quedan sitiados y así se dirige a los suyos: “No sabemos el tiempo que esto puede durar y por si acaso se prolonga más de los que permitan las circunstancias, y nosotros supongamos, desde este momento estaremos a media ración tanto de víveres y agua” (2). Los días se suceden con continuos ataques de los sitiadores. Se acercan tanto a la alambrada, que obliga a lanzar granadas los sitiados para rechazarlos. En el lanzamiento de una de ellas, el sargento Sánchez pierde parte de su mano derecha al explotarte en la misma por un defecto. Con dolor y medio desvanecido, sigue animando a los suyos, mientras intenta evitar la hemorragia, consiguiendo repeler, una vez más el ataque. Al día siguiente envía el lacónico “Sin novedad en la posición”. Realizan salidas hacia la posición vecina de Harcha para recoger víveres, medicinas y gasas para paliar la sed, el hambre y cortar la putrefacta mano, cosa que ordena que se lo haga un soldado con un hacha de cocina: “No le obedece, asustado ante tal medida, y entonces el sargento, pálido, demacrado, tembloroso por la larga vigilia y la pérdida de sangre, le quita el hacha, y de un solo tajo, se separa la masa informe cuyo hedor insoportable no pueden resistir los soldados, y se vacía una buena parte de la botella de yodo sobre la sangrienta herida” (3). Luego emite: “Sin novedad en la posición”.

Los sitiadores han intentado sin éxito su rendición enviando a prisioneros españoles para convencerles de que se entreguen. El 16 de noviembre reciben los primeros intentos de auxilio por parte de la aviación. Los aviadores serán testigos de la resistencia numantina en el blocao, hasta el punto que en uno de sus lanzamientos de aprovisionamiento, el 17 de diciembre, les

envían una nota: “¡Bravos defensores de Tikun! Vuestros hermanos aviadores os admiran. Ningún ejemplo de heroísmo como el vuestro. Resistir unos días más, y podréis recibir el tributo de admiración de España entera” (4). Esto se produjo el 14 de enero de 1925 mediante un telegrama en el que se ordenaba el abandono de la posición.. Fueron 105 días de asedio en los que el sargento cita cuáles fueron los factores que influyeron en la resistencia: “... los soldados que componían la guarnición de Tikun eran obreros del campo... acostumbrados a la fatiga, a soportar las inclemencias del tiempo... La vida del campo, desarrolla con más perfección la vista y el oído... de ahí que los soldados que me acompañaban oyesen con toda seguridad la proximidad del enemigo y vieses en las sombras de la noche la chilaba de algún moro arrastrarse junto a la alambrada...” (5).

- 1El mando de Tikun. Episodio de la guerra de África. Roque Sánchez Javaloy. Imprenta sucesores de Nogués. 1934. Murcia.
- 2Ibid p. 32.
- 3Ibid p. 50.
- 4Ibid p. 61.
- 5Ibid p. 142



Aurelio Daza Rojas

Con motivo del centenario del “Desastre de Annual”, el doctor y profesor en Farmacia José Antonio García López, escribe sobre dos paisanos suyos de la Vega de Granada y naturales de Valderrubio, el sargento de Infantería Aurelio Daza Rojas y del padre de éste, José Daza Fernández, en el relato histórico: “Dazas heroicos. De Valderrubio a Igueriben” (1).

La obra recoge el compromiso de lucha por la justicia social y la mejora de los agricultores de la Vega de Granada por parte de José Daza, un colono agricultor ilustrado, republicano en sus ideas políticas

y que vierte sus opiniones en diferentes periódicos regionales, que recoge el libro y le sirven al autor para desarrollar su relato. Su hijo Aurelio Daza, se presenta como una continuación de esa sensibilidad por los más débiles, cuando es llamado a filas, siendo destinado al Regimiento “Ceriñola” nº 42 en Melilla. “Los mandos de su regimiento observaron que Aurelio era una persona seria, honrada y ordenada. Era, sin duda, un joven eficiente, atrevido y con ciertas dotes de mando, por lo que no dudaron en ascenderlo al empleo de cabo... Su sentido de la

justicia le hizo merecedor del puesto de furriel de la compañía.” (2).

A primeros de 1920 fue ascendido a sargento, después de reengancharse, formando parte de la 2ª compañía del 1º batallón del Regimiento “Ceriñola”. En julio de 1921 se encontraba defendiendo la posición de Igueriben, cerca del campamento de Annual, cuando se produjo la rebelión de los rifeños, que cercaron la posición durante cinco días y prácticamente la aniquilaron. El autor recoge el comportamiento y vicisitudes del sargento Daza, durante aquellos días, de lo que en su momento escribió el único oficial superviviente de la masacre, Luis Casado Escudero, en su libro Igueriben, 7 de julio-21 de julio de 1921. “El sargento Aurelio Daza, después de batirse con temerario arrojo, elevaba el ánimo entre los hombres de su sección y acudía solícito al lado de los enfermos y de los heridos” (3). El día 21 de julio recibió la última orden del comandante jefe de la posición Julio Benítez, antes de abandonar la posición: “Veinte cartuchos por cabeza...Era la única munición que quedaba...y al frente de su sección se dispuso a abandonar Igueriben. No llegaban a cincuenta los soldados que quedaban” (4). Al abandonar la posición una bala le penetró la cabeza y allí quedó “su noble corazón” junto a los más de trescientos compañeros de armas. Mientras, su padre facilitaba donativos para sufragar los gastos por los heridos de Melilla y es aquí donde se entera oficiosamente, en un viaje que realiza en agosto, que su hijo había fallecido. No será hasta un año después cuando sea declarado oficialmente muerto. Así se expresaba, en junio de 1923, en una carta dirigida al periódico El Defensor de Granada: “Murió defendiendo, al lado de Benítez, la maldita posición de Igueriben. Según me han contado... allí está todavía. No fue enterrado. He ido dos veces a Melilla y he demandado autorización para marchar solo al campo moro con objeto de dar sepultura a su cuerpo” (5).

El 25 de abril de 1926 se colocó una placa de homenaje en la casa natal del sargento Daza y se leyó una carta del teniente Casado, que no pudo acudir al acto. Uno de sus párrafos decía: “Allá sobre la osca [sic] aridez de un ingente peñasco, un puñado de soldados de España defendíamos de la ruda y salvaje embestida de las hordas rifeñas el sublime tesoro del honor patrio. Entre aquella minúscula falange, Daza, el admirable y admirado sargento Daza, destacaba su gallarda figura de luchador de recio temple y de hombre humanitario, que bajo la égida de una de las más hermosas virtudes, la caridad, dio constantes pruebas de la bondad de su gran corazón” (6).

(También, puede leerse un artículo sobre el sargento Daza del suboficial mayor Joaquín Ávila Polo en la Revista Minerva nº 175 de octubre de 2021)

- 1. Dazas heroicos. De Valderrubio a Igueriben. José Antonio García López. Granada 2021..
- 2. Ibid p. 56.
- 3. Ibid p. 71.
- 4. Ibid p. 79.

- 5. Ibid p. 88.
- 6. Ibid p. 94



Serrando Maqueda Domínguez

“Servando Maqueda Domínguez. Sargento de la Brigada Disciplinaria. Poyales del Hoyo”, así aparece en la contraportada del relato histórico “Los 18 del Tiétar” (1), junto a otros diecisiete paisanos, todos ellos soldados, que perdieron la vida en los acontecimientos conocidos como el “Desastre de Annual” en 1921, en tierras africanas del Rif.

El libro es fruto de dos coincidencias que se dan en su autor. Severiano Gil actualmente vive en Arenas de San Pedro (Ávila), una población a orillas del río

Tiétar, pero nació en Nador (Marruecos) en 1955, un año antes de su independencia del Protectorado español. Ha sido suboficial del Ejército de Tierra, estando destinado en Melilla durante gran parte de su carrera militar. Conoce la tierra donde discurren los acontecimientos del “Desastre” y ha estudiado la intervención española en el Rif desde 1909, que es la fecha en la que arranca el relato del libro, hasta 1962 cuando se retira la última unidad de La Legión del monte Gurugú (cerca de Melilla), aunque “Otros, permanecemos más tiempo en Marruecos, hasta que necesidades de orden familiar o práctico nos hizo abordar el traslado al territorio español más cercano, Ceuta o Melilla, descubriendo la realidad equívoca de haber nacido en un territorio extranjero bajo administración española” (2). El sargento Maqueda y los otros diecisiete soldados son en realidad una excusa para relatar lo acontecido cien años atrás en aquellas tierras africanas “...donde apenas crece una cebada raquíca, donde los cursos de agua se secan en primavera, montes donde no crece un árbol, donde los pozos, escasos, sólo dan agua turbia o salobre y donde la vista se pierde en pedregales azafranados sobre los que, de día, sopla un viento polvoriento y, de noche, merodean las enormes hienas rayadas y los presurosos chacales hambrientos” (3). El autor va colocando a cada uno de los protagonistas a medida que avanzan los acontecimientos del “Desastre”, acompañados de didácticas fotos, croquis y mapas. Dos soldados del Regimiento de Infantería “Ceriñola” pertenecientes a la guarnición de la posición de Igueriben, mueren allí sitiados. Dos artilleros fallecen al abandonar Annual. Otros dos del Regimiento de Infantería “San Fernando” caen en la posición de Izumar...”Mehayast es una de las posiciones situadas a mayor altura, 1.150 metros, y, destinado en la 1ª compañía de la Brigada Disciplinaria, nos encontramos otro hombre del Tiétar, el sargento Servando Maqueda Domínguez, de Mijares... [se ha decidido el abandono de la posición] No se vuelve a saber nada

del resto de los 38 hombres que habían salido de la posición.

El sargento Servando Maqueda, de Mijares, está entre los que resultaron muertos” (4)... Los últimos tietenses en caer fueron dos soldados de ingenieros que lo hicieron en Monte Arruit.

“Años después, un confidente rifeño le preguntó a un oficial español por el significado de la expresión ¡Ay, madre mía!, y al querer saber el militar el porqué de la pregunta, el rifeño le respondió: porque era eso lo que gritaban los soldados españoles cuando los matábamos en Monte Arruit” (5).

- 1 Los 18 del Tiétar. Severino Gil. Edita GRU.ME.CO. Melilla. 2021.
- 2 Ibid p.135.
- 3 Ibid p.30.
- 4 Ibid pp.67 y 68.
- 5. Ibid p.106



Antonio Bermejo Fernández y Juan Faura

El sargento legionario Bermejo es el coprotagonista de la primera parte, de las tres que cuenta la novela de Lorenzo Silva “Carta blanca” (1). Se desarrolla la acción de esta primera parte en la zona oeste de Melilla, en otoño de 1921, cuando las tropas españolas empiezan la recuperación de los territorios perdidos durante el desastre de Annual, ocurrido dos meses antes.

En una de esas unidades se encontraba destinado el sargento Bermejo. “Él había encontrado allí su sitio, y en cuanto se había enterado de la formación de una nueva unidad de choque, aquel Tercio cuyo uniforme ahora vestía, se había apuntado para estar donde se daba leña, porque el fuego y la mierda y hasta el miedo le calentaban la sangre y eso no le disgustaba” (2). Con él están los hombres de su pelotón entre los que se encuentra el protagonista de la novela, el legionario Juan Faura, alistado por un revés amoroso. Todos ellos son los encargados de enterrar los cuerpos, abandonados, mutilados y ultrajados de los soldados españoles de la posición de Zeluán, entre los que se encuentra el hermano del sargento Bermejo.

Este hecho es el que condiciona y ocupa esta primera parte de la novela: una acción de venganza

de Bermejo y sus hombres en tierras ocupadas, dentro de la permisividad que se daba en el Tercio de dar “carta blanca” para dar rienda suelta a los impulsos, con la condición de no llevar armas. Aspecto que no cumple el pelotón de Bermejo y que “era aquella noche la tozuda resolución de ocho hombres que habían aceptado, cada uno por su lado y por sus motivos, renunciar a toda inocencia y a toda esperanza. El azar, el odio, la derrota que cada cual llevaba a hombros, los había reunido en aquel pelotón fatídico que husmeaba ya la cercanía de la presa. Eran ocho hombres que sabían lo que hacían” (3).

Y lo hicieron. Los hombres, mujeres y niños que habitaban una casa de Beni Bu-Ifrur fueron su “presa”. Justificando ante el jefe de la casa el daño que iban a sufrir en boca del sargento Bermejo: “Rafael Bermejo Fernández. Tenía veintidós años y nunca le había hecho daño a nadie... Lo mataron como a un animal, o peor que a un animal. Porque estoy seguro de que cuando matas a una de tus cabras procuras que no sufra. Con él fue al revés, se aseguraron de que sufría todo lo que una criatura pudiera sufrir” (4).

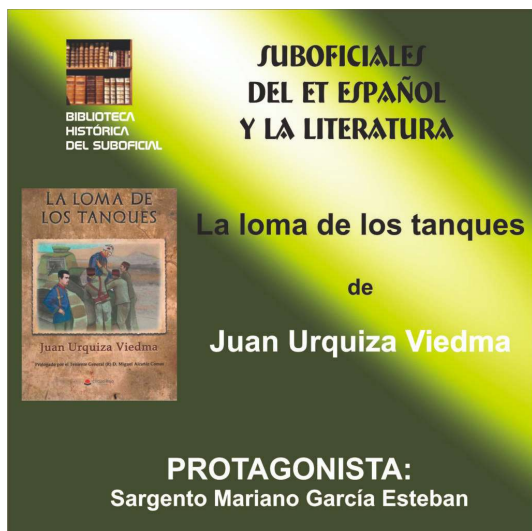
De regreso al campamento sufrieron una emboscada en la que todos perecieron, excepto Faura. “Los hombres encuentran a menudo lo que buscan, y más cuando perseveran. El primer tiro le descolgó a Bermejo el brazo izquierdo, dejándoselo como un salchichón enorme junto al costado.” (5).

Faura se licenció como sargento de la Legión. “Sólo llegué a sargento, y me conformo. De hecho lo considero moralmente superior a ser general. ¿Sabes por qué? Porque un sargento nunca ordena a nadie comerse una mierda que él no vaya a comer” (6).

Los siguientes capítulos permiten conocer mejor al protagonista con el encuentro con su antigua novia. Para finalizar la novela, el protagonista se encuentra con los antiguos fantasmas del pasado. Está defendiendo la ciudad de Badajoz, en el sector de la Puerta de la Trinidad, en el bando republicano, al comienzo de la Guerra Civil, contra sus antiguos compañeros de armas. “Fue apenas una fracción de segundo, porque en la siguiente buscó entre la oleada de asaltantes a uno que viniera en línea más o menos recta hacía su posición, lo fijó en la mira y apretó el gatillo... Aquél era el tercer legionario al que mataba en su vida, después de Bermejo y de Klemper, tantos años atrás.” (7).

- 1 Carta blanca. Lorenzo Silva. Ediciones Destino. Colección Booket: mayo de 2013.
- 2 Ibid p 19.
- 3 Ibid p 93.
- 4 Ibid p 108.
- 5 Ibid p 162.
- 6 Ibid p 357.

- 7 Ibid p 363



Mariano García Esteban

El sargento García Esteban es en parte el protagonista de la novela de Juan Urquiza “La loma de los tanques” (1). El otro protagonismo se lo llevan los que constituyeron la primera unidad de carros de combate del Ejército en el año 1922. Combinando ambas historias, el libro celebra el centenario de creación de las unidades acorazadas con la historia del único laureado con el que cuenta: el sargento García Esteban, que relata su vida en primera persona.

Mariano García era natural de un pueblo de Teruel, Báguena. La familia vivía de la ganadería y con ciertas

apreturas, decidió adelantarse al llamamiento a filas y realizar el servicio militar como voluntario en la misma unidad que estaba de sargento su hermano mayor Antón: Regimiento de Infantería “Mahón” nº 63. Corría el año 1915. Su habilidad con las armas de fuego le hacen ocupar un puesto en la recién creada unidad de ametralladoras del regimiento: “Ese mes de julio [1917] fui destinado como jefe de ametralladora a la nueva unidad, que nació con las recién alistadas Hotchkiss modelo 1914, de 7 mm, fabricadas en España. De esta manera, y por el sistema de elección, fui ascendido a sargento, consiguiendo un reenganche largo y con la posibilidad de llegar hasta el empleo de suboficial” (2). Estuvo destinado en ametralladoras hasta que fue requerido a principios de 1922 para formar parte de la recién creada compañía de carros la cual, en sus Renault FT-17, llevaba la misma arma de la que él era el mejor tirador de la unidad.

Su incorporación a la Escuela Central de Tiro, ubicada en Carabanchel (Madrid), debía hacerla en marzo, momento para realizar el pertinente curso de tirador jefe de carro y en donde se estaba formando e instruyendo la compañía acorazada. Las premuras y urgencias por enviar esta unidad a Melilla, hicieron que el día que se presentó en la Escuela, la compañía había salido el día anterior hacia tierras africanas y se perdiera las primeras acciones de combate de la unidad.

La precipitación en enviar una unidad recién creada y sin apenas instrucción y adiestramiento lo pago muy caro el 18 de marzo, día que recibió su bautismo de fuego en Loma Alta cerca de los aduares de Anvar, con la pérdida de tres carros y la vida del sargento Tomás Amarillo

Román, primer carrista caído en combate. “Esa noche, el silencio en Anvar era casi absoluto. En algún tramo de la madrugada se oía de fondo los cánticos de los rifeños que, con hogueras y continuas ráfagas al aire de sus armas, habían ido a festejar su pequeña victoria sobre esos malditos ingenios andantes, en la que desde ese día se conocería como la loma de los tanques, amotinándose [sic] sobre los carros y destrozando todo aquello que sus tripulantes no habían conseguido llevarse” (3).

En abril se hallaba el sargento García en tierras africanas, con el curso realizado y dispuesto a cubrir las bajas de la compañía. “Era difícil de comprender la unión que en menos de un mes de tiempo habían alcanzado aquellos hombres. Con el cúmulo de adversidades que les había tocado vivir, desde que salieron de Carabanchel, habían construido una coraza alrededor de ellos de mayor blindaje que las de sus propios vehículos... No dudaba que conseguiríamos atravesar esa armadura... sobre todo a mí, que venía a sustituir a uno de ellos” (4).

En ese mismo mes de abril entró en una acción de combate con su carro y probó su buena puntería con la ametralladora sobre objetivos humanos. Pero no fue hasta junio de 1923, cuando en el barranco de Buhafora, cubriendo un flanco de la operación que debía de socorrer a la posición de Tizzi Aza, recibiera la herida que marcaría su vida. “El abrigo que habíamos buscado no estaba completamente limpio tal y como creíamos [el y su conductor]. Un rebelde, moribundo, había sacado las suficientes fuerzas para acercar su arma a la mirilla, desde la que yo buscaba enemigos, y disparó a bocajarro a través de ella. Varios fragmentos del proyectil impactaron de lleno en mi rostro... Alcancé a comprender lo que pasaba... Solo notaba sombras alrededor... Si descubren que estoy malherido fríen el carro con nosotros dentro... Me tienes que apuntar tú. Desde que haga un nuevo disparo me debes ir corrigiendo a la izquierda o derecha, indicándome dónde apunto usando las horas del reloj... Economizando la munición para ganar el mayor tiempo posible, y cubrir el agujero que se había generado en nuestro flanco, seguimos aguantando la posición durante casi media hora” (5).

- 1 La loma de los tanques. Juan Urquiza Viedma. Ed. Círculo Rojo. 2022. El autor es subteniente de Infantería de la XVII Promoción de la Básica. Ha estado destinado la mayor parte de su carrera militar en el Regimiento de Infantería Acorazada “Alcázar de Toledo” nº 61.
- 2 Ibid pp 102 y 103.
- 3 Ibid p 193.
- 4 Ibid p 237.
- 5 Ibid pp 283,284 y 285

